

**E**L Comandante conocía a fondo a la gente que lo rodeaba; pero en cambio ponía todo su empeño en que nadie lo conociera a él. No tenía amigos ni nunca tuvo novia. Vivía solo, en un cuarto de asistencia donde su apartamiento era respetado de modo inquebrantable por la arisca dueña de la casa. Aparentemente nada le faltaba para sentirse satisfecho de sí mismo; y él procuraba por todos los medios reforzar esa apariencia. Pero en el fondo del alma le dolía que todos se dejaran engañar tan fácilmente.

Detrás de su apariencia brava escondía graves y confusas aspiraciones, tal vez como las de un adolescente. Fundar su orgullo en ser comandante de un cuerpo de policía que no contaba arriba de quince plazas, era su mayor amargura; sentar fama de valiente en un pueblo de matones, su gran vergüenza; profesar la violencia por legítimo oficio, su inconfesable resentimiento. Y le ocurría sentir que respiraba en el vacío cuando más levantaba el pecho, y que el suelo se mecía cuando asentaba los pies con más firmeza, y que su voz carecía de sentido cuando tronaba colérica sobre conciencias pávidas.

A veces, por la tarde, se salía del poblado casi con sigilo, se sentaba quietamente en un altozano, y esperaba el momento final del crepúsculo en un

estado de ánimo promovido por un rencor sin objeto.

Una vez que estaba así, recostado en la tierra, contemplando las nubes, se dejó dominar por una calma que era la aceptación de toda la acrimonia del mundo, y algo más; algo como una espera inmóvil, árida y muerta; algo como la sombra del Arbol del Bien y del Mal amortajado en el alma. Y tuvo miedo. Y casi sin saber lo que hacía echó mano de su libreta de apuntes, que hasta entonces le sirviera únicamente para fingir que tomaba notas en torno de algún crimen, y allí, con un lápiz, se puso a escribir con su letra basta y torpe.

Escribió. Y al final, casi a obscuras, vio que había rescatado en el papel sus recientes impresiones. Merced a su letra basta y torpe seguía viviendo, tal como lo había percibido al través de sus nostalgias y sus tentaciones, el aire enredado en los matorrales, la esquila plañidera y el polvo encendido al igual que las nubes. Y se quedó absorto, admirado, como si en aquellas páginas hubiera dejado su huella una mujer que debía ser amada.

Desde entonces se hizo aún más elusivo al trato de la gente. Todo el tiempo de que disponía lo empleaba en escribir. No volvió al altozano. Re-

celoso de que alguien sospechara lo que hacía, trabajaba encerrado con llave en su cuarto.

El hurraño Comandante, que nunca amó a una mujer, se había enamorado de la gloria literaria. La admiración que lo había deslumbrado en el primer momento, pronto dio lugar a un deseo preciso: entregarle al mundo todo lo que lo había atormentado hasta entonces, organizándolo en una novela donde hasta las más absurdas nimiedades justificaran armónicamente su razón de ser. Y habiendo comprobado que su letra basta y torpe podía expresarlo todo, se entregó sin reservas a la esperanza.

Mientras escribía acerca de la gente que lo rodeaba, el Comandante descubría la razón de su repugnancia a dársele a conocer. Y era que esa gente no era más de lo que aparentaba, y él era mucho más. Y esa gente estaba incapacitada para comprenderlo. De este modo el Comandante se imaginaba la gloria literaria como un título que le permitiría actuar entre sus iguales, vivir sin embozos, manifestarse sin reservas en su verdadera personalidad. Y lentamente el objeto de sus sueños se le embellecía cubriéndose de infinitas adherencias irrisadas.

Por el tiempo en que se ocupaba en pasar en limpio su obra escribiéndola en máquina, encontró en el periódico un aviso en que se convocaba a un concurso de novela. Puso gran atención en la parte que decía: "...mandar dos copias y quedarse con otra. La tercer copia servirá para identificar al autor de la obra premiada". Y entonces resolvió lo que le convenía hacer.

Pensó que antes de mandar las dos copias al concurso, debía ir a la capital, y allí, a todo trance, hacerse recibir por el famoso novelista que había tomado por modelo, y suplicarle hasta que aceptara corregirle su trabajo. Después... Después ya no tendría que regresar al pueblo nunca jamás.

Habiendo obtenido en la comandancia licencia por quince días, una madrugada, sin decirle a nadie a dónde iba, sin despedirse ni siquiera de la arisca dueña de su casa de huéspedes, se encaminó hacia la estación del ferrocarril, él solo, a la luz de las estrellas.

# LA TERCER COPIA

Alberto BONIFAZ NUÑO

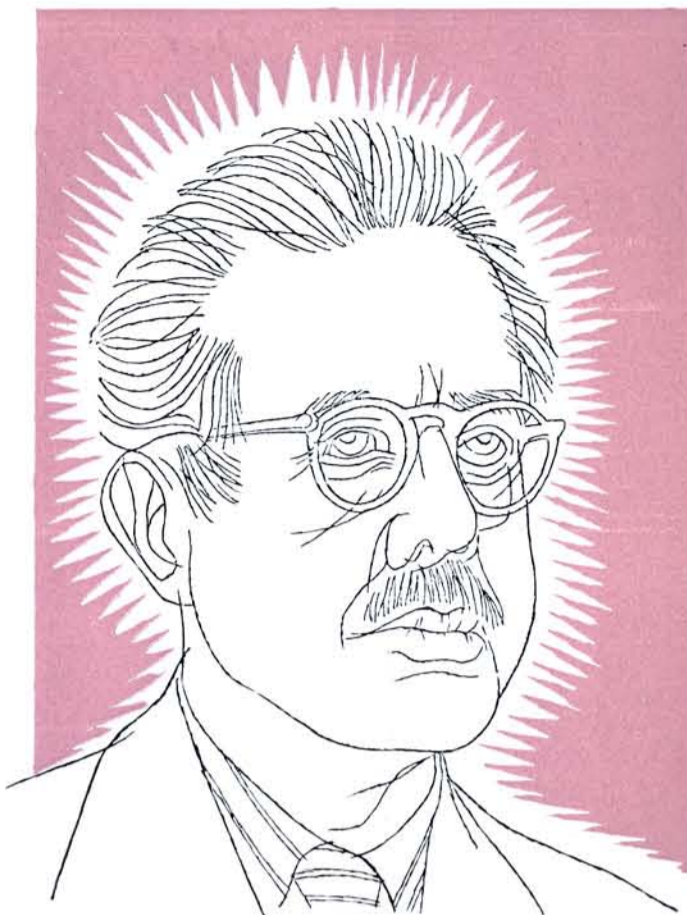


En la capital fue recibido por el novelista famoso con no esperada cortesía. Y obtuvo de él casi más de lo que deseaba. El Novelista le manifestó que formaba parte del Jurado Calificador del concurso, y que no había elegido candidato para el premio; de manera que le aconsejaba mandar inmediatamente sus dos copias, bajo la promesa de que si su trabajo reunía las condiciones necesarias él lo apoyaría con todo su prestigio. En cuanto a corregir la novela se negó rotundamente, alegando que ya no había tiempo. Y para despedirse, le hizo una recomendación muy razonable: que por ningún motivo volviera a visitarlo, porque no era prudente dar motivo a que injustamente se dijera que la amistad había decidido el resultado del concurso. De cualquier modo el Comandante le dejó la tercer copia de su novela, para que leyéndola en calma apreciara plenamente sus méritos.

Mientras llegaba la fecha en que se publicaría el fallo del Jurado Calificador, el Comandante se ocupó en magnificar el objeto de sus deseos. Hasta que en medio de aquel trabajo de cristalización nació la duda, como tenía que suceder. Y todo fue nacer la duda, y medrar pujante como en terreno fertilizado para su exclusivo desarrollo.

De pronto, al imaginarse por enésima vez el momento en que se identificaría como el autor de la novela premiada, queriendo introducir alguna variación en la escena, había supuesto que no llevara consigo la tercer copia. Y éste fue el origen de las más turbulentas cavilaciones. En efecto: ¿qué pasaría donde no presentara aquellos papeles? Indudablemente, no podría reclamar su galardón. Pero, entonces, bastaría con pedirle al Novelista la copia que le había dejado en depósito. Una corazonada le cortó el aliento. ¿Y si el Novelista no le daba la cara? ¿Si, por ejemplo, se ausentaba pretextando un viaje urgente? Bien. El Novelista era, sin duda, una personalidad más complicada de lo que podía juzgarse por su apariencia; había que ponerse en lo peor: ¿qué sucedería si le daba la mala idea de reclamar para sí el premio, valiéndose de la copia clave, que estaba en su poder? Desastrosa situación: el obscuro autor despojado por el escritor famoso. Y bien mirado, ¿qué sospechosa resultaba la cortés superioridad del Novelista! Como un pobre payo que era, el pobre Comandante había caído víctima de las argucias de un espíritu sutil y sin escrúpulos. Y ahora, ¿qué? Un nudo en la garganta. Le robaban su gloria. ¡Tan suya! Una sensación de flotar a la deriva. Porque nadie escucharía las protestas del pobre payo. El triunfo se le reconocería con unanimidad al prestigiado hombre de letras. Un sudor frío. ¿Así se le robaba el fruto de tantas vigiliadas y de tantos sueños?

Pero el Comandante no era de los que se rinden sin luchar. Y así como en su tierra peleaba contra los forajidos hasta disparar la última bala, ahora



ILUSTRÓ: cadena m.

empleó su último argumento contra las reflexiones que lo acosaban. Se dijo que aunque el novelista ocultara el espíritu más ruin bajo su apariencia de hombre superior, no podría, siendo parte del Jurado, adjudicarse a sí mismo el triunfo que correspondía al mejor autor de los que se presentaron al concurso. Pero un golpe insidioso lo dejó inerte: ¿quién le aseguraba que a un hombre de la categoría del novelista le faltarían recursos para saltar ese obstáculo?

Agotados sus argumentos, el Comandante deseó con toda el alma que su novela no recibiera el premio. Pero como al mismo tiempo se le representó, esplendorosa, la gloria literaria, se reconfortó volviendo el angustiado pensamiento hacia su fiel pistola cachicuerna.

Muchas veces lo asaltó el impulso de ir a exigirle al Novelista que le devolviera la tercer copia pero siempre se contuvo persuadiéndose que si sus sospechas eran infundadas no lograría sino convertir en hostilidad la simpatía que se le había brindado, y que si eran fundadas, nunca le faltaría tiempo para emprender una acción desesperada.

El día que se publicó el fallo, el Comandante lo leyó a la entrada del hotel, donde había esperado al papelerero desde antes que amaneciera. Y allí terminaron sus dudas: el premio se le había otorgado a su novela, y el Novelista no figuraba entre los miembros del Jurado Calificador. No se sorprendió más que si hubiera visto caer un rayo estando bajo un nublado tempestuoso. El esperaba este rayo. Y sabiendo lo que tenía que hacer, se metió a ponerse su traje charro de las grandes ocasiones. Ninguna sería más grande que ésta, si él no lograba darse a entender por quien fue su modelo antes de ser su usurpador. Moviéndose aceleradamente, no echó de ver que olvidaba sus credenciales en la ropa que había traído puesta. Se fajó la cachicuerna, se persignó caminando, y echándose a la calle, sin perder ni un momento abordó un automóvil de alquiler.

No encontró al Novelista en su casa. Al llamar a la puerta vio que una señora se asomaba por una ventana, y con creciente furia la oyó decirle que tal vez lo alcanzara en la estación del ferrocarril. No esperó a oír más. Subió de nuevo al automóvil, y sin pensar que pudiera haber otra estación, mandó que lo transportaran a aquella por la que él había entrado en la ciudad.

Llegó a los andenes cuando el convoy estaba a punto de salir. O por mejor decir, cuando ya había salido.

En aquellos momentos el tren empezaba a deslizarse, suavemente, por los rieles; con tanta suavidad que daba la impresión de que se le daría alcance si solamente se apretaba el paso.

El Comandante emprendió la carrera. Suavemente, suavemente, la distancia entre él y el tren se fue alargando. Pero él nunca abandonó en su principio una persecución. La estación quedó atrás. Ahora el Comandante corría saltando de durmiente en durmiente. Y empezó a faltarle el aliento: sería tal vez que empezaba a hacerle efecto la consabida altura de la altiplanicie. Y sintió que pisaba sobre algodones.

Corriendo detrás del tren, el Comandante pensó en el objeto de sus únicos amores, la inmarcesible gloria literaria; y se vio a sí mismo rodeado de sus coterráneos, sonriendo como ellos, caminando junto con ellos, igual a todos, saliendo del pueblo por una de las calles principales. Y se vio a sí mismo contemplando su propia estatua puesta en un altozano sobre el que temblaba un crepúsculo denso.

Corriendo, corriendo, le pareció que sus piernas se movían con voluntad autónoma, porque ya no las sentía. Por el cielo cruzaban exhalaciones rojas y cárdenas. Un inmenso zumbido zarandeaba la atmósfera.

De pronto notó que a causa de una curva pronunciada, la velocidad del tren disminuía. Se le figuró que podría alcanzarlo antes de que saliera de la curva. Siempre que pudiera desarrollar un último esfuerzo. Sólo un esfuerzo más.

Corrió hasta que algo como una piedra ardiente le estalló dentro del pecho.

Un año más tarde, estando el novelista famoso revolviendo papeles viejos, se le vinieron a las manos unas hojas cosidas con hilo.

Arrugó el entrecejo. Se concentró. Y movió la cabeza.

Recordó cómo, hacía un año, se había frustrado su proyecto de gozar un poco del aire puro del campo. Aprovechando que por entonces no tenía nada que hacer quitando su compromiso con un concurso de novela, creyó que bastaría con renunciar a su puesto de miembro del Jurado Calificador, para tomarse unas breves vacaciones en el rancho de unos amigos. Pero se quedó plantado en la estación.

Y también recordó que el premio de aquel concurso no había sido reclamado por nadie. Pero esto tenía importancia muy secundaria para el Novelista, que creía volverse a ver, como hacía un año, esperando, hecho un idiota, a que su tren arrancara. Y en tanto que todos los trenes salían puntualmente de todas las estaciones, sólo el suyo no se movió, ni un metro, a causa de imprevistas deficiencias del equipo ferroviario.

Moviendo la cabeza, el Novelista arrojó entre los papeles inútiles, sin leerla, sin haberla leído nunca, la tercer copia de la novela del Comandante.

